

LA  
DEIDAD  
DE  
CRISTO

## LIBROS DE JOHN MACARTHUR PUBLICADOS POR PORTAVOZ

---

<i>¿A quién pertenece el dinero?</i>	<i>El Pastor silencioso</i>
<i>El asesinato de Jesús</i>	<i>Piense conforme a la Biblia</i>
<i>Avergonzados del evangelio</i>	<i>Los pilares del carácter cristiano</i>
<i>La batalla por el comienzo</i>	<i>El plan del Señor para la Iglesia</i>
<i>Cómo obtener lo máximo de la Palabra de Dios</i>	<i>El poder de la integridad</i>
<i>Cómo ser padres cristianos exitosos</i>	<i>El poder de la Palabra y cómo estudiarla</i>
<i>El corazón de la Biblia</i>	<i>El poder del sufrimiento</i>
<i>Distintos por diseño</i>	<i>¿Por qué un único camino?</i>
<i>La gloria del cielo</i>	<i>Porque el tiempo sí está cerca</i>
<i>Jesús: preguntas y respuestas</i>	<i>Salvos sin lugar a dudas</i>
<i>La libertad y el poder del perdón</i>	<i>Sé el papá que tus hijos necesitan</i>
<i>Llaves del crecimiento espiritual</i>	<i>La segunda venida</i>
<i>Nada más que la verdad</i>	<i>Teología sistemática</i>
<i>Nuestro extraordinario Dios</i>	<i>El único camino a la felicidad</i>

## COMENTARIO MACARTHUR DEL NUEVO TESTAMENTO

---

<i>Mateo</i>	<i>Gálatas, Efesios</i>
<i>Marcos</i>	<i>Filipenses, Colosenses y Filemón</i>
<i>Lucas</i>	<i>1 y 2 Tesalonicenses,</i> <i>1 y 2 Timoteo, Tito</i>
<i>Juan</i>	<i>Hebreos y Santiago</i>
<i>Hechos</i>	<i>1 y 2 Pedro, 1, 2 y 3 Juan,</i> <i>Judas</i>
<i>Romanos</i>	<i>Apocalipsis</i>
<i>1 y 2 Corintios</i>	

**JOHN MACARTHUR**

**LA  
DEIDAD  
DE  
CRISTO**



**EDITORIAL  
PORTAVOZ**

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The Deity of Christ* © 2017 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *La deidad de Cristo*, © 2018 por Editorial Portavoz, filial de Kregel, Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.\* Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NTV” ha sido tomado de la *Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente*, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Las cursivas añadidas en los versículos bíblicos son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ  
2450 Oak Industrial Drive NE  
Grand Rapids, MI 49505 USA  
Visítenos en: [www.portavoz.com](http://www.portavoz.com)

ISBN 978-0-8254-5768-5 (rústica)  
ISBN 978-0-8254-6664-9 (Kindle)  
ISBN 978-0-8254-7478-1 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 27 26 25 24 23 22 21 20 19 18

*Impreso en los Estados Unidos de América*  
*Printed in the United States of America*

# CONTENIDO

Prefacio	7
----------	---

## PRIMERA PARTE:

### LA GLORIA DIVINA DE CRISTO

1. La gloria eterna del Verbo divino (Jn. 1:1-5)	11
2. La preeminencia gloriosa de Jesucristo (Col. 1:15-19)	29

## SEGUNDA PARTE:

### LA AUTORIDAD DIVINA DE CRISTO

3. La autoridad de Cristo sobre Satanás y los demonios (Mr. 1:21-28)	47
4. La autoridad de Cristo sobre el pecado y la enfermedad (Mr. 2:1-12)	65
5. La autoridad de Cristo sobre el día de reposo (Mr. 2:23-28)	81
6. La autoridad de Cristo sobre la creación (Mt. 14:22-33)	97

## TERCERA PARTE:

### LAS AFIRMACIONES DIVINAS DE CRISTO

7. Hijo del Hombre e Hijo de Dios (Mt. 16:13-17)	119
8. Igual a Dios (Jn. 5:17-24)	131
9. Uno con el Padre (Jn. 10:22-42)	147
10. El gran "Yo soy" (pasajes seleccionados de Juan)	161

APÉNDICE:  
AFIRMACIONES APOSTÓLICAS  
DE LA DEIDAD DE CRISTO

El testimonio de Tomás (Jn. 20:26-29); El testimonio de Pablo (Ro. 9:5; Fil. 2:5-6; Col. 1:15; 2:9-10; Tit. 2:13); El testimonio del autor de Hebreos (He. 1:2-3, 8); El testimonio de Pedro (2 P. 1:1); El testimonio de Juan (1 Jn. 5:20-21; Ap. 1:17-18; 19:11-13)	179
Reconocimientos	207

# PREFACIO

No hay ninguna pregunta más importante que la de “¿Quién es Jesucristo?”. Es de tanta importancia porque la manera en que respondemos al Señor Jesús determina nuestro destino eterno (Jn. 3:36; ver Jn. 14:6; Hch. 4:12). Los que respondan erróneamente a esa pregunta se enfrentarán al juicio divino (Jn. 3:18; 1 Co. 16:22; 1 Jn. 4:3).

A lo largo de la historia de la Iglesia, se han dado muchas respuestas diferentes a esta pregunta clave. Los falsos maestros (como Arrio, el hereje del siglo IV, y los modernos Testigos de Jehová) han sugerido que Cristo no era más que una criatura; mientras que los antiguos gnósticos enseñaban que Él era una de muchas entidades divinas. En el siglo XIX, los teólogos liberales insistieron en que Jesús no era más que un maestro moral y un activista social que fue malinterpretado por los líderes religiosos. Pero esos puntos de vista, y otros como esos, se quedan lamentablemente muy cortos de la verdad bíblica.

La Palabra de Dios revela que Jesucristo era mucho más que un profeta benévolo o un líder inspirador. En realidad, Él es infinitamente más que cualquier ser creado. Como explica el autor de Hebreos, el Señor Jesús es “el resplandor de su gloria [del Padre], y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder” (He. 1:3). Él es Dios encarnado, en quien “habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col. 2:9) y de quien el apóstol Juan declaró:

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad. (Jn. 1:1-3, 14)

Esos pasajes son solo la punta del iceberg. El Nuevo Testamento recalca clara y repetidamente que Jesucristo no era solo un hombre. Él es el segundo miembro eterno de la Trinidad, el glorioso Hijo de Dios que es digno de nuestra adoración y obediencia (Fil. 2:9-11).

Es de gran valor seguirle la pista a una doctrina como la deidad de Cristo a través de las páginas de las Escrituras. Debido a que su deidad es a menudo atacada por grupos de sectas y escépticos, los creyentes necesitan conocer lo que la Palabra de Dios enseña sobre quién es verdaderamente Jesús. Además, a medida que su conocimiento del Salvador se profundice, su amor por Él se fortalecerá.

Pido a Dios que, a medida que lea este volumen, la verdad acerca de “nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tit. 2:13) informe su mente, aliente su corazón, fortalezca su voluntad, encienda su adoración y motive su obediencia a Él.





PRIMERA PARTE



LA GLORIA  
DIVINA DE CRISTO





# LA GLORIA ETERNA DEL VERBO DIVINO

JUAN 1:1-5

**En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella. (Jn. 1:1-5)**

La sección de apertura del Evangelio de Juan expresa la verdad más profunda del universo en los términos más claros. Aunque un niño podría entenderla fácilmente, las palabras de Juan inspiradas por el Espíritu comunican una verdad imposible de asir aun para la capacidad de las más grandes mentes: el Dios infinito y eterno se hizo hombre en la persona del Señor Jesucristo. La verdad incontrovertible y gloriosa de que en Jesús el Verbo divino “fue hecho carne” (1:14) es el tema del Evangelio de Juan.

La deidad del Señor Jesucristo es un principio esencial y no negociable de la fe cristiana. Varias líneas de la evidencia bíblica confluyen para probar de manera concluyente que Él es Dios.

*Primero, las declaraciones directas de las Escrituras afirman que Jesús es Dios.* Juan registra varias de esas declaraciones para mantener el énfasis en la deidad de Cristo. El versículo inicial de su

Evangelio declara “el Verbo [Jesús] era Dios” (véase la explicación de este versículo más adelante en este capítulo). En el Evangelio de Juan, Jesús asumió en repetidas ocasiones el nombre divino “Yo soy” (cp. 4:26; 8:24, 28, 58; 13:19; 18:5, 6, 8). En 10:30 afirmó ser uno en naturaleza y esencia con el Padre (dada la reacción de los judíos incrédulos en el v. 33 [compárese con 5:18], ellos reconocieron que esta era una afirmación de deidad). Tampoco corrigió Jesús a Tomás cuando él le dijo: “¡Señor mío, y Dios mío!” (20:28); de hecho, lo alabó por su fe (v. 29). La reacción de Jesús es inexplicable de no haber sido Dios.

Pablo escribió a los filipenses que Jesús existía “en forma de Dios” y era “igual a Dios” (Fil. 2:6). En Colosenses 2:9 declaró: “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad”. Romanos 9:5 se refiere a Cristo como “Dios... bendito por los siglos”. Tito 2:13 y 2 Pedro 1:1 lo llaman “nuestro Dios y Salvador”. Dios Padre se dirige al Hijo como Dios en Hebreos 1:8: “Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; cetro de equidad es el cetro de tu reino”. Juan se refiere a Jesucristo en su primera epístola como “el verdadero Dios” (1 Jn. 5:20).

*Segundo, Jesucristo recibe títulos que se dan a Dios en otras partes de las Escrituras.* Como ya se dijo anteriormente, Jesús tomó para sí el nombre divino “Yo soy”. Juan 12:40 cita Isaías 6:10, un pasaje que hace referencia a Dios en la visión del profeta (cp. Is. 6:5). Aun así, Juan declaró en el versículo 41: “Isaías dijo esto cuando vio su gloria [la de Cristo; compárese con los vv. 36, 37, 42], y habló acerca de él”. Jeremías profetizó que el Mesías sería llamado “[El Señor], justicia nuestra” (Jer. 23:6).

Tanto a Dios como a Jesús se les llama Pastor (Sal. 23:1 [Dios]—Jn. 10:14 [Jesús]), Juez (Gn. 18:25—2 Ti. 4:1, 8), Santo (Is. 10:20—Sal. 16:10; Hch. 2:27; 3:14), el primero y el postrero (o último) (Is. 44:6; 48:12—Ap. 1:17; 22:13), Luz (Sal. 27:1—Jn. 8:12), Señor del día de reposo (Éx. 16:23, 29; Lv. 19:3—Mt. 12:8),

Salvador (Is. 43:11—Hch. 4:12; Tit. 2:13), el traspasado (Zac. 12:10—Jn. 19:37), Dios fuerte (Is. 10:21—Is. 9:6), Señor de señores (Dt. 10:17—Ap. 17:14), Señor de la gloria (Sal. 24:10—1 Co. 2:8) y Redentor (Is. 41:14; 48:17; 63:16—Ef. 1:7; He. 9:12). En el último libro de la Biblia ambos son llamados el Alfa y la Omega (Ap. 1:8—Ap. 22:13), esto es, el principio y el fin.

*Tercero, Jesucristo posee los atributos incomunicables de Dios, aquellos únicos a Él.* Las Escrituras revelan que Cristo es eterno (Mi. 5:2; Is. 9:6), omnipresente (Mt. 18:20; 28:20), omnisciente (Mt. 11:27; Jn. 16:30; 21:17), omnipotente (Fil. 3:21), inmutable (He. 13:8), soberano (Mt. 28:18) y glorioso (Jn. 17:5; 1 Co. 2:8; cp. Is. 42:8; 48:11, donde Dios declara que no le dará a otro su gloria).

*Cuarto, Jesucristo hace obras que solo Dios puede hacer.* Él creó todas las cosas (Jn. 1:3; Col. 1:16), sostiene la creación (Col. 1:17; He. 1:3), resucita a los muertos (Jn. 5:21; 11:25-44), perdona el pecado (Mr. 2:10; cp. v. 7) y sus palabras permanecen para siempre (Mt. 24:35; cp. Is. 40:8).

*Quinto, Jesucristo recibió adoración* (Mt. 14:33; 28:9; Jn. 9:38; Fil. 2:10; He. 1:6), aun cuando enseñaba que solo Dios debe ser adorado (Mt. 4:10). Las Escrituras también nos dicen que los hombres santos (Hch. 10:25-26) y los santos ángeles (Ap. 22:8-9) rehúsan la adoración.

*Finalmente, Jesucristo recibió oración,* la cual solo se debe dirigir a Dios (Jn. 14:13-14; Hch. 7:59-60; 1 Jn. 5:13-15).

Los versículos 1-18, el prólogo a la presentación de Juan sobre la deidad de Cristo, son una sinopsis o descripción de todo el libro. En 20:31, Juan definió claramente su propósito al escribir su Evangelio: que sus lectores “crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que al creer en su nombre tengan vida” (NVI). Juan reveló a Jesucristo como “el Hijo de Dios”, la eterna segunda persona de la Trinidad. Se hizo hombre, el “Cristo” (Mesías), y se ofreció como sacrificio por los pecados. Quienes ponen su fe

en Él tendrán vida en su nombre, pero quienes lo rechazan serán juzgados y sentenciados al castigo eterno.

La realidad de que Jesús es Dios, presentada en el prólogo, se expone a lo largo de todo el libro con la cuidadosa selección juanina de afirmaciones y milagros que sellan el caso. Los versículos 1-3 del prólogo enseñan que Jesús es coigual y coeterno con el Padre; los versículos 4-5 se relacionan con la salvación que Él trajo, la cual anunció Juan el Bautista, su heraldo (vv. 6-8); los versículos 9-13 describen la reacción de la raza humana ante Él, ya sea de rechazo (vv. 10-11) o aceptación (vv. 12-13); los versículos 14-18 resumen todo el prólogo.

En estos primeros cinco versículos del prólogo del Evangelio de Juan hay tres evidencias de la deidad de Jesucristo, el Verbo encarnado: su preexistencia, su poder creador y su existencia propia.

#### LA PREEXISTENCIA DEL VERBO

**En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. (Jn. 1:1-2)**

*Arjé* (principio) puede significar “fuente” u “origen” (cp. Col. 1:18; Ap. 3:14), o “regla”, “autoridad”, “gobernante” o “persona en autoridad” (cp. Lc. 12:11; 20:20; Ro. 8:38; 1 Co. 15:24; Ef. 1:21; 3:10; 6:12; Col. 1:16; 2:10, 15; Tit. 3:1). Las dos connotaciones son verdaderas para Cristo, quien es el creador del universo (v. 3; Col. 1:16; He. 1:2) y su gobernante (Col. 2:10; Ef. 1:20-22; Fil. 2:9-11). Pero el término se refiere aquí al principio del universo descrito en Génesis 1:1.

Jesucristo ya era, ya existía cuando se crearon los cielos y la tierra; por tanto, Él no es un ser creado, existía desde toda la eternidad (puesto que el tiempo comenzó con la creación del universo físico, cualquier cosa sucedida antes de la creación es eterna). “Entonces el Logos [Verbo] no comenzó a ser; más bien, en el punto en el que todo

lo demás comenzó a ser, Él ya *era*. En el principio, donde sea que usted lo ubique, el Verbo ya existía. En otras palabras, el Logos es anterior al tiempo, es eterno”.<sup>1</sup> Dicha verdad aporta la prueba definitiva de la deidad de Cristo, pues solo Dios es eterno.

El tiempo imperfecto del verbo *eimí* (era), con el cual se describe la continuidad de una acción en el pasado, refuerza aún más la preexistencia eterna del Verbo. Indica que Él estaba en continua existencia antes del principio. Pero es aún más significativo el uso de *eimí* en lugar de *guinomai* (“llegó a ser”). El segundo término se refiere a cosas que empiezan a existir (cp. 1:3, 10, 12, 14). Si Juan hubiese usado *guinomai*, habría implicado que el Verbo empezó a existir en el principio, junto con el resto de la creación. Pero *eimí* enfatiza que el Verbo siempre existió; nunca hubo un punto en el cual Él empezara a ser.

El concepto de “el Verbo” (*logos*) estaba cargado de significado para judíos y griegos. Para los filósofos griegos, el *logos* era el principio abstracto e impersonal de la razón y el orden en el universo. En algún sentido era una fuerza creadora, además de una fuente de sabiduría. La persona griega promedio podría no haber comprendido todos los matices de significado que los filósofos daban al término *logos*. Con todo, para el hombre común y corriente, el término habría significado uno de los principios más importantes en el universo.

Entonces, para los griegos, Juan presentaba a Jesús como la personificación y encarnación del *logos*. Sin embargo, a diferencia del concepto griego, Jesús no era una fuente, fuerza, principio o emanación impersonal. En Él se hizo hombre el verdadero *logos* que era Dios, un concepto ajeno al pensamiento griego.

Pero *logos* no era solo un concepto griego. La palabra del Señor

---

1. Marcus Dods, “John” en W. Robertson Nicoll, ed., *The Expositor's Bible Commentary* (reimpresión; Peabody: Hendrickson, 2002), 1:683. Cursivas en el original.

también era un asunto importante en el Antiguo Testamento, un asunto que los judíos conocían muy bien. La palabra del Señor era la expresión del poder y la sabiduría divinos. Con su palabra, Dios inició el pacto abrahámico (Gn. 15:1), le dio a Israel los diez mandamientos (Éx. 24:3-4; Dt. 5:5; cp. Éx. 34:28; Dt. 9:10), estuvo presente en la construcción del templo de Salomón (1 R. 6:11-13), se reveló a Samuel (1 S. 3:21), pronunció el juicio sobre la casa de Elí (1 R. 2:27), aconsejó a Elías (1 R. 19:9ss.), dirigió a Israel a través de sus heraldos (cp. 1 S. 15:10ss.; 2 S. 7:4ss.; 24:11ss.; 1 R. 16:1-4; 17:2-4, 8ss.; 18:1; 21:17-19; 2 Cr. 11:2-4), fue el agente de la creación (Sal. 33:6) y le reveló las Escrituras a muchos de los profetas, desde Jeremías a Malaquías.<sup>2</sup>

A los lectores judíos, Juan les presentó a Jesús como la encarnación del poder y la revelación divina. Él inició el nuevo pacto (Lc. 22:20; He. 9:15; 12:24), instruye a los creyentes (Jn. 10:27), los une en un templo espiritual (1 Co. 3:16-17; 2 Co. 6:16; Ef. 2:21), reveló la Divinidad al hombre (Jn. 1:18; 14:7-9), juzga a quienes lo rechazan (Jn. 3:18; 5:22), dirige a la iglesia por medio de quienes ha llamado para hacerlo (Ef. 4:11-12; 1 Ti. 5:17; Tit. 1:5; 1 P. 5:1-3), fue el agente de la creación (Jn. 1:3; Col. 1:16; He. 1:2) e inspiró a los autores humanos del Nuevo Testamento (Jn. 14:26) por medio del Espíritu Santo que Él prometió que enviaría (Jn. 15:26).

Luego, Juan llevó su argumento un paso más allá. En su eterna preexistencia, “el Verbo era con Dios”. La traducción al español no conlleva toda la riqueza de la expresión griega (*pros ton theón*). Tal frase significa mucho más que la existencia del Verbo con Dios; describe a “dos seres personales, el uno frente al otro, enfrascados en un discurso inteligente”.<sup>3</sup> Jesús, desde toda la eternidad, como la segunda persona de la Trinidad, “estaba con el Padre [*pros ton*

---

2. Véase específicamente Jeremías 1:2; Ezequiel 1:3; Daniel 9:2; Oseas 1:1; Joel 1:1; Jonás 1:1; Miqueas 1:1; Sofonías 1:1; Hageo 1:1; Zacarías 1:1; Malaquías 1:1.

3. W. Robert Cook, *The Theology of John* (Chicago: Moody, 1979), p. 49.



*patera]*” (1 Jn. 1:2) en comunión íntima y profunda. Tal vez *proston theón* se pueda explicar mejor como “cara a cara”. El Verbo es una persona, no un atributo de Dios o una emanación de Él, y tiene la misma esencia del Padre.

Aun así, en un acto de condescendencia infinita, Jesús dejó la gloria del cielo y el privilegio de la comunión cara a cara con su Padre (cp. Jn. 17:5). Con toda disposición “se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres... se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:7-8). Charles Wesley captó parte de esta verdad maravillosa en el conocido himno “Cómo en su sangre pudo haber”:

¿Cómo en su sangre pudo haber  
tanta ventura para mí,  
si yo sus penas agravé  
y de su muerte causa fui?  
¿Hay maravilla cual su amor?  
¡Morir por mí con tal dolor!

Nada retiene al descender,  
sino su amor y deidad;  
Todo lo entrega: gloria, prez,  
corona, trono, majestad.  
Ver redimidos es su afán,  
los tristes hijos de Adán.<sup>4</sup>

La descripción que Juan hace del Verbo alcanza su pináculo en la tercera cláusula de su versículo inicial. El Verbo no solo existía

---

4. Charles Wesley, “Cómo en su sangre pudo haber”, primera y tercera estrofa).

desde toda la eternidad y tenía comunión cara a cara con Dios Padre, también “el Verbo era Dios”. Esa declaración simple, con tan solo cuatro palabras en español y en griego (*theos en ho logos*), tal vez sea la declaración más clara y directa sobre la deidad del Señor Jesucristo que se encuentre en las Escrituras.

No obstante, a pesar de su claridad, los grupos heréticos han pervertido el significado de sus palabras para dar respaldo a sus falsas doctrinas sobre la naturaleza del Señor Jesucristo; esto casi desde el momento en que Juan las escribió. Algunos anotan que *theos* (“Dios”) es anártrico (no precedido por un artículo definido) y argumentan con ello que es un nombre indefinido. Además, traducen mal la frase como “el Verbo era divino” (es decir, como si solo poseyera algunas cualidades de Dios) o, aún más aterrador, “el Verbo era *un* dios”.

Sin embargo, la ausencia del artículo antes de *theos* no lo hace indefinido. *Logos* (Verbo) tiene el artículo definido para mostrar que es el sujeto de la frase (pues está en minúscula como *theos*). De modo que decir “Dios era el Verbo” no es válido porque “el Verbo”, no “Dios”, es el sujeto. Además, sería teológicamente incorrecto porque igualaría al Padre (“Dios”, con quien el Verbo estaba en la cláusula anterior) con el Verbo, negando así que son dos personas separadas. El atributo nominal (“Dios”) describe la naturaleza del Verbo, mostrando que Él tiene la misma esencia del Padre.<sup>5</sup>

De acuerdo con las reglas de la gramática griega, un atributo nominal (“Dios” en esta cláusula) no se puede considerar indefinido cuando precede a un verbo (luego, no puede traducirse como “un dios” en lugar de “Dios”) tan solo porque no tiene el artículo. El término “Dios” es definido y se refiere al Dios verdadero, cosa

---

5. Cp. H. E. Dana y Julius R. Mantey, *A Manual Grammar of the Greek New Testament* (Toronto: MacMillan, 1957), pp. 139-140; A. T. Robertson, *The Minister and His Greek New Testament* (reimpresión; Grand Rapids: Baker, 1978), pp. 67-68.

obvia por varias razones. Primero, *theos* aparece sin el artículo definido otras cuatro veces en el mismo contexto (vv. 6, 12-13, 18; cp. 3:2, 21; 9:16; Mt. 5:9). Ni siquiera la versión bíblica distorsionada de los Testigos de Jehová traduce el *theos* anártrico como “un dios” en tales versículos. Segundo, si el significado de Juan fuera que el Verbo es divino, o un dios, hay formas en las que se podría haber escrito la frase para hacerlo claro sin lugar a dudas. Por ejemplo, si él tan solo hubiera querido decir que el Verbo es divino en algún sentido, podría haber usado el adjetivo *theios* (cp. 2 P. 1:4). Como Robert L. Reymond anota, debe recordarse que “ningún léxico griego normal dice que *theos* tenga ‘divino’ como uno de sus significados, tampoco se vuelve adjetivo el sustantivo cuando este ‘se despoja’ de su artículo”.<sup>6</sup> O si Juan hubiera querido decir que el Verbo era un dios, podría haber escrito *ho logos en theos*. Si él hubiese escrito *ho theos en ho logos*, los dos sustantivos (*theos* y *logos*) serían intercambiables, y Dios y el Verbo serían idénticos. Eso habría significado que el Padre es el Verbo, lo cual, como ya se dijo, negaría la Trinidad. Pero como se pregunta retóricamente Leon Morris: “¿De qué otra manera [distinta a *theos en ho logos*] podría uno decir en griego que ‘el Verbo era Dios’?”<sup>7</sup>

Juan, bajo la inspiración del Espíritu Santo, eligió la formulación correcta para transmitir con precisión la verdadera naturaleza del Verbo, de Jesucristo. “Al escribir *theos* sin el artículo, Juan no indica, por un lado, identidad de Persona con el Padre; ni, por el otro, alguna forma de naturaleza inferior a la de Dios mismo”.<sup>8</sup>

Juan volvió a declarar las verdades profundas del versículo 1 en el versículo 2, subrayando así su significado. Enfatizó de nuevo

---

6. Como Robert L. Reymond indica en *Jesus, Divine Messiah* (Phillipsburg: Presb. & Ref., 1990), p. 303.

7. Leon Morris, *El Evangelio según Juan* (Barcelona: Clie, 2005), p. 111 n. 15.

8. H. A. W. Meyer, *Critical and Exegetical Handbook to the Gospel of John* (reimpresión; Winona Lake: Alpha, 1979), p. 48.

la eternidad del Verbo; “Este [ya] era en el principio” cuando se creó todo lo demás, ya existía. Como en el versículo 1, el tiempo imperfecto del verbo *eimí* (“era”) describe la continua existencia del Verbo antes del “principio”. Y, como lo indicó Juan en el versículo 1, tal existencia era en comunión íntima “con Dios” Padre.

La verdad de la deidad de Jesucristo y su completa igualdad con el Padre es un elemento no negociable en la fe cristiana. En 2 Juan 10, el apóstol advirtió: “Si alguien los visita y no lleva esta enseñanza [la enseñanza bíblica sobre Cristo; cp. vv. 7, 9], no lo reciban en casa ni le den la bienvenida” (NVI). Los creyentes no deben ayudar a los falsos maestros herejes de forma alguna; ni siquiera darles comida o alojamiento a quienes blasfemen contra Cristo, pues quien así lo hace “participa en sus malas obras” (v. 11). Tal comportamiento poco caritativo en apariencia tiene perfecta justificación con los falsos maestros que niegan la deidad de nuestro Señor y del evangelio, pues están bajo la maldición de Dios:

No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema. (Gá. 1:7-9)

Jesús y Pablo describieron a los falsos maestros como lobos disfrazados para enfatizar su peligro mortal (Mt. 7:15; Hch. 20:29). No se les debe dar la bienvenida en el rebaño. Hay que evitarlos y mantenerlos alejados.

La confusión sobre la deidad de Cristo es inexcusable porque la enseñanza bíblica al respecto es clara e inequívoca. Jesucristo es el Verbo eternamente preexistente, quien disfruta de vida divina y de completa comunión cara a cara con el Padre, y es Dios.

## EL PODER CREADOR DEL VERBO

**Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. (Jn. 1:3)**

Una vez más, Juan expresó una verdad profunda en lenguaje claro. Jesucristo, el Verbo eterno, creó todo lo que “ha sido hecho”. Juan subrayó tal verdad al repetirlo negativamente: “sin él nada [lit., “ni una sola cosa”] de lo que ha sido hecho, fue hecho”.

Que Jesucristo creara todo (cp. Col. 1:16; He. 1:2) ofrece dos pruebas adicionales de su deidad. Primera, el Creador de todas las cosas debe ser increado, y solo el Dios eterno es increado. El texto griego enfatiza la distinción entre el Verbo increado y su creación, pues aquí se usa un verbo diferente al usado en los versículos 1 y 2. Como se señaló en el punto previo, Juan usó una forma del verbo *eimi* (“ser”), que denota un estado de ser, para describir al *Logos* en los versículos 1 y 2; aquí, al referirse a la creación del universo, usó una forma del verbo *ginomai* (“fue hecho”). Que Jesús sea el Creador también verifica su deidad, pues Dios es representado así en toda la Biblia (Gn. 1:1; Sal. 102:25; Is. 40:28; 42:5; 45:18; Mr. 13:19; Ro. 1:25; Ef. 3:9; Ap. 4:11).

Juan, al enfatizar el papel del Verbo en la creación del universo, refuta así la falsa enseñanza que luego se desarrolló como la peligrosa herejía del gnosticismo. Los gnósticos aceptaban el dualismo filosófico, común a la filosofía griega, según el cual el espíritu era bueno y la materia mala. Como la materia era mala, argumentaban ellos, Dios, quien es bueno, no habría podido crear el universo físico. En su lugar, una serie de seres espirituales emanaban de Él hasta que, finalmente, una de esas emanaciones descendentes era mala y lo suficientemente necia para crear el universo físico. Pero Juan rechazó dicha perspectiva herética y afirmó fuertemente que Jesucristo era el agente del Padre en la creación de todas las cosas.

Sin embargo, el mundo presente es radicalmente diferente a la

buena creación original de Dios (Gn. 1:31). Los resultados catastróficos de la caída no solo afectaron a la raza humana, sino también a toda la creación. Por tanto, como Pablo indicó en Romanos 8:19-21, Jesús redimirá un día todo el mundo material, no solo a los creyentes:

Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

Cuando sea quitada la maldición durante el reinado milenarío de Cristo,

El lobo vivirá con el cordero, el leopardo se echará con el cabrito, y juntos andarán el ternero y el cachorro de león, y un niño pequeño los guiará. La vaca pastará con la osa, sus crías se echarán juntas, y el león comerá paja como el buey. Jugará el niño de pecho junto a la cueva de la cobra, y el recién destetado meterá la mano en el nido de la víbora. No harán ningún daño ni estrago en todo mi monte santo, porque rebosará la tierra con el conocimiento del Señor como rebosa el mar con las aguas (Is. 11:6-9, NVI).

El lobo y el cordero pacerán juntos; el león comerá paja como el buey, y la serpiente se alimentará de polvo. En todo mi monte santo no habrá quien haga daño ni destruya, dice el Señor (Is. 65:25, NVI).

### LA EXISTENCIA PROPIA DEL VERBO

**En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella.** (Jn. 1:4-5)

Juan muestra una vez más en estos dos versículos la economía de palabras inspirada por el Espíritu para resumir la encarnación. Cristo, la personificación de “la vida” y “la luz” eterna y gloriosa del cielo, entró en el mundo “de los hombres”, oscurecido por el pecado, y el mundo reaccionó de varias maneras ante Él.

Los temas de la “vida” y la “luz” son comunes al Evangelio de Juan. “Vida” (del griego *zoé*) se refiere a la vida espiritual, a diferencia de *bíos*, que describe la vida física (cp. 1 Jn. 2:16). Aquí, como en 5:26, se refiere principalmente a que Cristo tiene vida en sí mismo. Los teólogos lo suelen llamar “aseidad”, o existencia propia, y es evidencia clara de la deidad de Cristo, pues solo Dios existe por sí mismo.

Esta verdad sobre la existencia propia de Dios y Cristo —que tienen vida en sí mismos (aseidad)— es fundamental para nuestra fe. De todo lo creado puede decirse que “llega a ser”, pues todo lo creado es cambiante. Es esencial entender que el ser —o la vida— no cambiante, eterno y permanente es diferente de todo lo que llega a ser. El “ser” es eterno y la fuente de vida de lo que ha de “llegar a ser”. Esto es lo que diferencia las criaturas del Creador, nosotros de Dios.

Génesis 1:1 establece esta realidad fundamental con la declaración “En el principio creó Dios los cielos y la tierra”. Porque esta es la verdad más importante de la Biblia, es la más atacada. Los incrédulos saben que librarse de la creación es librarse del Creador. Y librarse de Dios hace al hombre libre para vivir de la forma que quiera, sin juicio.

Todo el universo cae en la categoría de “llegar a ser” porque hubo un momento en el cual no existía. Antes de su existencia, era Dios, el ser eterno existente por sí mismo —la fuente de vida—, quien es ser puro, vida pura y nunca llegó a ser cosa alguna. Toda la creación recibe su vida de afuera, de Él, pero Él deriva su vida de sí mismo, no depende de nada para vivir. Como se lo declaró

a Moisés: “Yo soy el que soy” (Éx. 3:14). Él es desde la eternidad y hasta la eternidad. Hechos 17:28 dice correctamente: “En él vivimos, y nos movemos, y somos”. No podemos vivir, movernos o ser sin su vida. Pero Él siempre ha vivido, se ha movido y ha sido.

Esta es la descripción ontológica más pura de Dios; y decir que Jesús es la “vida” es decir la verdad más pura sobre la naturaleza divina que Jesús posee. Y, como en el versículo 3, entonces Él es el Creador.

Aunque Jesús el Creador es la fuente de todo y de todos los vivos, la palabra “vida” del Evangelio de Juan siempre es una traducción de *zoé*, término que Juan usa para la vida espiritual o eterna. Esta la imparte Dios por su gracia soberana (6:37, 39, 44, 65; cp. Ef. 2:8) a todo aquel que crea en Jesucristo para salvación (1:12; 3:15-16, 36; 6:40, 47; 20:31; cp. Hch. 16:31; Ro. 10:9-10; 1 Jn. 5:1, 11-13). Y Cristo vino para eso al mundo (10:10; cp. 6:33): a impartir vida espiritual a los pecadores muertos en sus “delitos y pecados” (Ef. 2:1).

Aunque es apropiado hacer algunas distinciones entre la vida y la luz, la declaración “la vida era la luz” acaba con la falta de relación entre las dos. En realidad, Juan está escribiendo que la vida y la luz no se pueden separar. Son esencialmente iguales, con la idea de que la luz enfatiza la manifestación de la vida divina. “La vida era la luz” tiene la misma construcción de “el Verbo era Dios” (v. 1). Como Dios no está separado del Verbo, sino que son la misma cosa en esencia, así también la vida y la luz comparten las mismas propiedades esenciales.

La luz se combina con la vida en una metáfora cuyo propósito es clarificar y contrastar. La vida de Dios es verdadera y santa. La “luz” es esa verdad y santidad manifiesta contra la oscuridad de las mentiras y el pecado. La luz y la vida tienen el mismo enlace en Juan 8:12, donde Jesús afirma: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”.



La relación entre la luz y la vida también es clara en el Antiguo Testamento. El Salmo 36:9 dice: “Porque contigo está el manantial de vida; en tu luz veremos luz”.

“La luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Co. 4:4) no es más que el brillo de la vida manifiesta y radiante de Dios en su Hijo. Pablo dice específicamente: “Dios... es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (v. 6). De modo que la luz es la vida de Dios manifestada en Cristo.

La luz tiene su propia importancia, además de su relación con la vida, como se ve en el contraste entre la luz y la oscuridad, un tema común en las Escrituras. En lo intelectual, la luz se refiere a la verdad (Sal. 119:105; Pr. 6:23; 2 Co. 4:4) y la oscuridad a la falsedad (Ro. 2:19); en lo moral, la luz se refiere a la santidad (Ro. 13:12; 2 Co. 6:14; Ef. 5:8; 1 Ts. 5:5) y la oscuridad al pecado (Pr. 4:19; Is. 5:20; Hch. 26:18). El reino de Satanás es “la potestad de las tinieblas” (Col. 1:13; cp. Lc. 22:53; Ef. 6:12), pero Jesús es la fuente de la “vida” (11:25; 14:16; cp. Hch. 3:15; 1 Jn. 1:1) y la “luz” que “en las tinieblas resplandece”, en las tinieblas del mundo perdido (8:12; 9:5; 12:35-36, 46).

A pesar de los ataques desesperados y frenéticos de Satanás a la “luz, las tinieblas no prevalecieron contra ella”. *Katalambáno* (“prevalecieron”) puede traducirse mejor como “vencer”. Aun una vela pequeña puede expulsar la oscuridad en una habitación; la “luz” gloriosa y brillante de nuestro Señor Jesucristo destruirá completamente el reino de oscuridad de Satanás. Él vino al mundo, “las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbra” (1 Jn. 2:8).

Entonces, según se desprende de este versículo, no es que las “tinieblas” no entendieran la verdad sobre Jesús; al contrario, las fuerzas de la oscuridad lo conocen muy bien. En Mateo 8:29 algunos demonios clamaron diciendo: “¿Qué tienes con nosotros,

Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?”. Jesús, en la casa de Pedro en Capernaum, “echó fuera muchos demonios; y no dejaba hablar a los demonios, porque le conocían” (Mr. 1:34). Lucas 4:41 dice que “salían demonios de muchos, dando voces y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Pero él los reprendía y no les dejaba hablar, porque sabían que él era el Cristo”. En Lucas 4:34, un demonio aterrorizado le suplicaba: “Déjanos; ¿qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Yo te conozco quién eres, el Santo de Dios”. No era solo que los demonios conocieran la verdad sobre Cristo, además la creían. Santiago escribió: “Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan” (Stg. 2:19).

Como Satanás y sus demonios entienden muy bien el juicio que les espera, han intentado por todos los medios extinguir la “luz” a lo largo de toda la historia. Satanás intentó destruir a Israel en el Antiguo Testamento, la nación de la cual vendría el Mesías. También intentó destruir la línea real de la cual descendería el Mesías (2 R. 11:1-2). En el Nuevo Testamento, instigó el intento inútil de Herodes por matar al niño Jesús (Mt. 2:16). Al comienzo del ministerio terrenal de Jesús, Satanás intentó tentarlo, en vano, para alejarlo de la cruz (Mt. 4:1-11). Después volvió a intentar la tentación por medio de sus más cercanos seguidores (Mt. 16:21-23). Aun el triunfo aparente de Satanás en la cruz marcó en realidad su derrota final (Col. 2:15; He. 2:14; cp. 1 Jn. 3:8).

Del mismo modo, los incrédulos se pierden eternamente no por no haber conocido la verdad, sino por rechazarla:

Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo,

siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido (Ro. 1:18-21).

Si una persona rechaza la deidad de Cristo, no puede ser salva; Él mismo dijo en Juan 8:24: “Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis”. Es apropiado, pues, que Juan comience su Evangelio, donde se enfatiza tan fuertemente la deidad de Cristo (cp. 8:58; 10:28-30; 20:28), con la afirmación poderosa de esa verdad esencial.

